

SERMON PARA EL DIA DIEZ.

Necesidad de precaverse del error, y medios para conseguirlo.

Post te curremus in odorem unguentorum tuorum.

En pos de tí correremos al olor de tus ungüentos.

CANT. I.—5.

¡Digno contraste por cierto nos ofrece la conducta de Eva nuestra madre primera, y la conducta de María que es nuestra segunda madre! A. H. M. Criada por Dios en la justicia original gozaba de la inefable tranquilidad del alma que presta una conciencia pura y recta, era señora de sí misma, teniendo un dominio verdadero sobre todas las impresiones de sus sentidos, sobre todos los pensamientos de su espíritu, y sobre todos los movimientos de su corazón; la presencia de la magestad de Dios le comunicaba una alegría divina, y le adoraba con corazón puro, con buena conciencia, y con fe viva y sincera; y esta completa felicidad de que gozaba había de dejarla en herencia á su numerosa posteridad. «Prevenida María con bendiciones de dulzura» desde el instante primero de su concepción inmaculada, «el Señor la poseyó en el principio de sus caminos, desde el principio, antes que criase cosa alguna: con Él estaba comentándolo todo, y se deleitaba cada día, regocijándose en su presencia en todo tiempo; andaba en caminos de justicia, y en medio de senderos de juicio para enriquecer á los que la aman y henchar sus tesoros.»

Empero Eva, A. M., da oídos á una seducción funesta que le hace el ángel de la mentira. «En cualquier día que comiereis del árbol que está en medio del paraíso, le dice, se abrirán vuestros ojos, y sereis como dioses sabiendo el bien y el mal; y Eva tomó de su fruto y comió» nos dice el libro sagrado del Génesis; «y sus ojos se abrieron y echó de ver que estaba desnuda.» ¡Ah! llena Eva de orgullo, que es el primer efecto de la concupiscencia, y con la esperanza alhagüeña de llegar á ser semejante á Dios, movida de imprudente curiosidad, á la que se siguió inmediatamente la sensualidad, y sin pedir consejo al que debía dirigir sus acciones, alargó la mano al árbol vedado, comió de su fruto y el error oscureció su inteligencia, y la voluntad se vició con el mal moral, y comprendió con vergüenza su desnudez, y la muerte, y los dolores, y las enfermedades, y las continuas miserias de la vida han sido su triste patrimonio, y el patrimonio funesto de sus desgraciados hijos.

No así la Santísima Virgen María; las inefables y altísimas grandezas á que el Señor la ha sublimado no le han servido sino para humillarse á sí misma; la anunciación inesperada y grandiosa que se la hace de ser destinada para concebir en su entrañas al Verbo de Dios, para ser verdadera Madre de Dios, «rodeándola la virtud del Espíritu Santo, no ha despertado en María sentimientos de orgullo; antes al contrario la ha hecho pensar mas en su pequeñez, en su abatimiento, en su nada, y todo esto lo ha espesado con una palabra que condensa toda su virtud: «aquí está la esclava del Señor, que se haga en mí tu voluntad santísima.» El orgullo que engendra al error no ha tenido cabida en su alma; no ha querido aprender la ciencia que mata la inteligencia y que seca el corazón. María está cumplidamente satisfecha con la fe que alumbró su inteligencia; no ha profundizado, ni ha pretendido profundizar, los misterios que se obran en Ella y á su vista, durante el curso de su trabajada y santísima vi-

da, sabiendo como sabe que «el escrutador de la magestad de Dios será oprimido por la gloria.» De esta manera ha preservado su vivísima fe del hálito envenenado del error «sin pretender saber mas que lo que conviene saber, y saber con sobriedad,» como ha dicho despues el Apóstol; y ese error, plaga de las almas orgullosas, no ha producido en María nuestra Madre los funestísimos estragos que produjo en Eva nuestra madre primera.

Ahora bien; entre la conducta de una y otra madre la eleccion no puede ser dudosa, sin embargo de que desgraciadamente lo está siendo para muchos hombres que se han decidido por el partido del error, que es el enemigo capital de la fe cristiana de que venimos ocupándonos en estos últimos dias. Mas para nosotros que comprendemos todo el precio de esa virtud celestial que es la antorcha de nuestra civilizacion, el faro brillante de nuestra vida religiosa y social; la lumbrera esplendorosa que nos guia y nos consuela en los senderos y vicisitudes de nuestro destierro para encaminarnos al cielo sin vacilaciones ni perplejidades, es seguro que seguiremos á María, ora reconociendo todavia mas la necesidad de precavernos del error, en evitacion de los inmensos males que produce, ora empleando todos los medios conducentes para no inficionarnos con él: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum.*

¡Plugiera al cielo que mis palabras fueran tan eficaces, A. M., que hicieran comprender á todos esa necesidad imperiosa para no vernos envueltos en las tinieblas que oscurecen las verdades de la fé, causando tan lamentables estragos en los individuos, como en las sociedades en esta época de vértigo en que vivimos; y que adoptemos todas las precauciones que inspira la conservacion de un bien de tan gran valía! Para que así suceda lleguemos humildes al sagrado propiciatorio para impetrar los auxilios que necesitamos, y que vamos á pedir por la mediacion de María «la Virgen fiel» como la llama

la Iglesia. Esta Madre Santísima escuchará nuestra fervorosa plegaria, si devotamente la decimos:

AVE MARIA.

I.

Los modernos descubrimientos en las ciencias exactas, que todos reconocemos, han llegado por desgracia á ensobrecer la razon humana para que «aparte su atencion de la verdad y la dirija á las fábulas,» como presagiaba con fundamento el apóstol S. Pablo: *á veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur;* ¡Como si no fueran compatibles los progresos bien entendidos de la civilizacion verdadera, fomentados por la razon del hombre, con las verdades del órden sobrenatural que nos enseña la fe católica! Pero se han traspasado los limites de la razon sumisa á la autoridad de Dios y de su Iglesia, y una vez traspasados, la razon ha enloquecido, se ha extraviado, y en sus extravíos, y en su locura los hombres que á esta situacion han llegado «ya no sufren la sana doctrina, antes bien allegan maestros conformes á sus deseos, segun la frase de ese mismo apóstol, teniendo comezon de orejas,» amantes de novedades buscan quien lisongee sus pasiones y las contente: *ad sua desideria coacerbabunt sibi magistros, prurientes auribus;* y para obtener este funestísimo resultado, ya comprendereis ha sido preciso emplear los recursos vedados del error; porque la verdad revelada, la fe cristiana no se presta á un fin tan criminal como desastroso. Hay pues necesidad de precaverse de ese error, y esto lo conseguiremos investigando sus causas que podremos reducir á dos: la debilidad y limitacion de la inteligencia, y la violencia y los extravíos de las pasiones.

En uno de estos dias dijimos que la fe es un don sobre-

natural que nos inclina á creer firmemente todo lo que Dios ha querido revelarnos por medio de su Iglesia. La necia pretension de conocer con nuestras propias fuerzas á Dios trino y uno, y comprender sus designios con respecto á nosotros, que es lo que llamamos racionalismo, es un error injustificado y grosero que debemos evitar, si no queremos ponernos en oposicion con el mismo Dios, porque este Señor, hablando con sus apóstoles una vez hecho hombre, ha dicho: «El que á vosotros oye, á mí me oye; y quien á vosotros desprecia, á mí me desprecia; quien á mí me desprecia, desprecia al que me ha enviado: *qui vos autem spernit, spernit eum qui misit me*. Siendo pues innegable que para entrar en sociedad con Dios se necesita recibir la verdad de la Iglesia docente, así como la Iglesia docente la recibió de Jesucristo, y Jesucristo la recibió de su eterno Padre, hacer intervenir á la razon para juzgar si debe el hombre admitir, ó si ha de desechar los dogmas que Dios nos ha revelado, es ofender altamente su autoridad infinita, es aceptar un error opuesto á la fe; porque error es esa absoluta independenciam de la razon que ha sancionado el libre exámen. El magnífico é inmenso edificio de la religion, trasportado fuera de su cimiento y estribando sobre esta frágil base, tan inconstante como las opiniones de los hombres, tan limitada como sus concepciones, tan débil y movediza como sus proyectos, ese edificio se bambolea, vacila, y al fin se desploma por todas partes, y oprime bajo sus escombros á la presuntuosa razon que neciamente blasona de sus fuerzas en el órden sobrenatural, y que se habia creído capaz de sostenerlo. Ved, amados míos, si hay necesidad de precaverse del error que engendra la razon humana entregada á sus propias luces.

La ignorancia viene además á abrir la puerta á los errores en todas materias, pero principalmente en materias religiosas. Nuestro siglo se precia de sábio é ilustrado. Yo, A. M., hasta cierto punto le concedo esa ilustracion y esa

sabiduria, porque en él debemos confesar que se han hecho adelantos utilísimos: ¿Pero lo sabe todo? ¿lo comprende todo, hasta el punto de poder decir que no está en el error, que no puede caer en él? Afirmar esto seria una necia presuncion. ¡Ah! el hombre del siglo que se llama de las luces, es el hombre de todos los siglos, el hombre caido y degradado por el pecado, el hombre de facultades limitadas, el hombre cuyos juicios las mas de las veces son equivocados, el hombre de inteligencia finita; y si para llegar á la verdad necesita grandes y penosas vigiliass, esfuerzos colosales en cualquiera de los ramos del saber humano, y aun así se ve sorprendido con frecuencia, sorprendido por el error que lo desconcierta, en materia de religion por mucho que estudie, por mucho que profundice, si no lleva en sus manos la antorcha de la fe, duda á cada momento, se detiene, retrocede, varia de senda, en una palabra, tomada de S. Pablo, «es un niño que fluctúa á todo viento de doctrina, seducido por la malignidad de otros hombres que engañan con astucia en error:» *in astutia ad circumventionem erroris*; está condenado á pagar tributo á la debilidad de su inteligencia, si no aprende las verdades de la fe de Jesucristo que es «el camino, la verdad y la vida, la luz que alumbrá á todo hombre que viene á este mundo, luz que las tinieblas no pueden oscurecer:» *et tenebræ eam non comprehenderunt*. Su propia ignorancia, inherente á su naturaleza, le debe hacer comprender la necesidad de preservarse del error «no pretendiendo saber mas de lo que debe saber:» *non plus sapere quàm oportet sapere*.

¿Y qué diremos de los estragos que hace en la fe cristiana el desarreglo de las pasiones? ¿Qué diremos de su pernicioso influencia para fomentar el error de que debemos preservarnos? ¡Ah! semejantes esas pasiones, que tan rudamente y con tanta obstinacion combaten al alma, á la nube que se interpone entre el disco brillante del sol y nosotros, ellas

oscurecen la inteligencia para impedir al hombre que lleguen hasta él los destellos purísimos de la verdad, y producen además una perturbación que agita el espíritu. No busqueis, A. H., en el hombre apasionado la atención que se requiere para fijarse en las ideas y raciocinar con calma, ni la rectitud de principios que debe presidir en los actos de nuestro entendimiento, ni la imparcialidad severa que imperiosamente reclaman los fueros sacrosantos de la verdad; y careciendo de estas condiciones la ilusión, el fanatismo, el error, por decirlo de una vez, se apoderan del hombre, principalmente si se trata de las verdades profundas que enseña la fe cristiana. Registrad la historia de todas las herejías, de todos los cismas, de todos los errores y extravagancias que han afligido y afligen á la Iglesia, y vereis que en la codicia ó en el orgullo, ó en la sensualidad, ó en los placeres carnales han tenido su origen esos errores; estas miserables pasiones los han fomentado; ellas les han dado el carácter de pertinacia que los han perpetuado por largo tiempo hasta menospreciar la autoridad infalible de la Iglesia de Jesús, y emanciparse de su magisterio sublime y maternal.

Esto se explica fácilmente si comparamos las enseñanzas de la fe que tiene por fundamento la sabiduría y verdad eternas de Dios, con las máximas que las pasiones aconsejan para producir errores lastimosos. La fe que profesa el cristiano le dice que Dios es el fin último de todas nuestras aspiraciones; las pasiones, por el contrario, señalan como nuestro fin último nuestro egoísmo, y por lo tanto la satisfacción de nuestros deseos. La fe santifica la abnegación, el sacrificio de nosotros mismos; aconseja y prescribe la virtud; las pasiones nos brindan con los placeres, con los goces materiales, con las alegrías funestas que acompañan y siguen al pecado. La fe considera la vida presente como un sueño, como una flor que aparece lozana al brillar la aurora, que al medio día se ve marchita, y que á la tarde cae deshojada sobre la

tierra; y por esto nos señala el cielo como lugar de nuestra verdadera vida «porque aquí no tenemos ciudad permanente si no que buscamos la que está por venir,» las pasiones contemplando la tierra como única mansión de nuestra vida nos invitan á disfrutar de ella con estas palabras que leemos en la Sabiduría: «Venid y gocemos de los bienes presentes. Llenémonos de vino precioso, y de perfumes, y no se pase la flor del tiempo. Coronémonos de rosas antes que se marchiten, porque esta es nuestra porción, y esta nuestra suerte:» *quoniam hæc est pars nostra, et hæc est sors.*

¡Dichoso, A. H. M., el que cerrando sus oídos á esas seducturas palabras sabe moderar sus pasiones, porque él, desterrando la ignorancia de su alma y comprendiendo cual debe la limitación de su inteligencia, prestará dócil y respetuoso ascenso á las verdades de la fe, como la practicó siempre nuestra Madre Santísima María, y de esta manera se preservará del error que tantos y tan graves males acarrea al hombre y á las sociedades. Para conseguir esto con el divino auxilio estudiemos los medios más conducentes para lograr tan importante fin: *post te curremos in odorem unguentorum tuorum.*

II.

Si estamos convencidos, A. H. M., que la fe es un don de Dios y como tal la joya más preciada que el Señor ha podido darnos, debemos emplear toda nuestra diligencia en conservarla, como la conservó la Virgen Santísima en medio de las grandes y frecuentes pruebas á que Dios la sometió, tanto para enaltecer su mérito el más relevante, como para que nos sirviese de perfecto modelo. Para ello pues debemos imitar cuidadosamente todas las ocasiones de perder la fe, ó emplear los medios indispensables para preservarla del error que podemos reducir á tres: evitar la lectura de libros contrarios á la fe, el trato con hombres impíos é ir-

religiosos y las investigaciones de pura curiosidad en materia de fe.

Rara vez, A. M., se leen impunemente los libros que contienen doctrinas contrarias á las enseñanzas de la fe, y sucede así por el peligro inminente que se corre en esa lectura de caer en el error que todos tenemos obligacion de evitar. Por esto sin duda los supremos gobernantes con sus leyes, como la Iglesia con sus censuras trataron de evitar este peligro que pudiera ocasionar la perturbacion de los pueblos, y la ruina espiritual de las almas. Así es que «después de la condenacion de Arrio por el concilio de Nicea, dice un escritor muy célebre, mandó Constantino que fuesen quemados los libros de este heresiarca; prohibió á todo género de personas el guardarlos ú ocultarlos, imponiendo pena capital. La misma ley dieron Arcadio y Honorio respecto á los libros de los eunomianos. Teodorio el menor la renovó contra los de Nestorio. El cuarto Concilio de Cartago no permitió ni aun á los obispos la lectura de los libros de los herejes, sino en cuanto fuere preciso para refutarlos. Los prelados delegados por el Concilio de Trento fulminaron pena de excomunion contra todos los que retuviesen ó leyeren los libros puestos en el *Indice*, ó condenados por la Iglesia.»

Esta conducta ciertamente parecerá severa, y no puede ajustarse á la libertad omnimoda que han establecido los modernos libre pensadores de leer cuantos libros lleguen á las manos, siquiera contengan el mas corrosivo veneno para matar las creencias y pervertir el corazon. ¡Ah! ¿y puede mirarse con indiferencia la lectura de esos libros que, so color de ilustrar al pueblo, que suele no distinguir lo bueno de lo malo, lo cierto de lo dudoso, lo verdadero de lo falso, se le enseñan en ellos las imposturas mas inverosimiles, las calumnias mas atroces, los anécdotas mas escandalosas, y los mas absurdos errores? Se dice que «por derecho natural

somos dueños de nuestros pensamientos y de nuestras opiniones, que son lo mas sagrado de nuestras propiedades; que es una injusticia y un absurdo el querer impedir á un hombre el que piense como se le antoje, y castigarle por sus opiniones. ¿Y quién les quita de pensar y delirar como les parezca? Las obras públicas, las invectivas, las imposturas y las calumnias no son simples pensamientos; son ya delitos sugetos á la inspeccion de la policia; si atacan á un particular tiene derecho á quejarse; si turban la sociedad, tiene razon para castigarlos.» Pues este es A. H. M. el funestísimo resultado de la lectura de los malos libros; y de aquí la necesidad de evitar esa lectura como medio eficaz para preservarse del error que trastorna la fe, que turba la tranquilidad y envenena las costumbres así privadas como públicas, de los que por desgracia tenemos una triste y dolorosísima esperiencia.

En cuanto al trato con los hombres impíos, con los herejes, incrédulos é irreligiosos, trato que debereis evitar, A. M., como otro de los medios para preservaros del error, no tenemos mas que consultar al apóstol S. Pablo. Este hombre que, «no satisfecho con haber asistido á la muerte de S. Estéban, ni con haber perseguido con tenacidad la Iglesia en Jerusalem entrando por las casas para arrastrar de ellas á todos los que encontraba, que respirando aun amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, como leemos en los Hechos de los apóstoles, se presenta al principe de los sacerdotes, y le pide cartas para los sacerdotes de Damasco, con el fin de llevar presos á Jerusalem á cuantos hallase de esta profesion, hombres y mujeres;» este hombre, libre un dia por la gracia de Dios de los errores que habian exaltado su espíritu hasta fanatizarlo, escribiendo á los romanos les dice: «Os ruego, hermanos, que no perdais de vista á aquellos que causan divisiones y escándalos contra la doctrina que habeis aprendido, y que os aparteis de ellos,» que eviteis la compañía